

Reflexiones sobre Historiadores Orales y Tiempo Presente

Prof. Mariela Canali

Instituto y Archivo Histórico Municipal de Morón.

Resumen:

Tradicionalmente los historiadores han evitado el estudio de los años más recientes en nombre de la objetividad que da el paso del tiempo, previniéndose así del riesgo de que sus propias pasiones distorsionen dicha objetividad.

Ahora bien, la Historia Oral como forma de práctica histórica, trata sobre todo temáticas de la historia del tiempo presente. A la hora de abordar una investigación, los historiadores orales, entonces, nos vemos analizando muchas veces, una realidad histórica de la que formamos parte, “es una historia de gente viva, en cuya reconstrucción el historiador no sólo se vale de la memoria – en su formalización oral- como una de sus fuentes privilegiadas, sino que también compite con los testigos de los hechos en la producción de sentido de lo ocurrido”

¿Hasta qué punto las relaciones entre objeto y sujeto de investigación se entremezclan llegando a desafiar los límites que las formas tradicionales de hacer historia han querido imponer? ¿Son válidos esos límites? ¿Qué recursos puede utilizar un historiador para incluir su memoria en este proceso? ¿Son legítimos dichos recursos? Estos han sido algunos de los interrogantes que planteo en esta reflexión y que han surgido a partir de la realización de investigaciones propias y del equipo de trabajo en el que participo y de las conversaciones que hemos mantenido sobre estas preguntas que hacen a nuestro quehacer cotidiano.

Tradicionalmente los historiadores han evitado el estudio de los años más recientes en nombre de la objetividad que da el paso del tiempo, previniéndose así del riesgo de que sus propias pasiones distorsionen dicha objetividad. Ante esta “verdad corporativa” ha surgido una pregunta ¿Puede el historiador escribir la Historia de su tiempo? La respuesta ha sido usualmente, cautelosa en algunos casos y negativa la mayoría de las veces.

La formación profesional de los historiadores impuso desde fines del siglo XIX, reglas, cánones y métodos que trabajan sobre un objeto de estudio muy bien definido: el pasado, basado en la reconstrucción a partir de la documentación escrita. De hecho, la historiografía se ha conformado alrededor de la idea de que una cierta distancia cronológica era la circunstancia que hacía posible la existencia de la Historia como ciencia.

El conocimiento de los acontecimientos más recientes era dejado para los periodistas, que recolectaban la información, la ordenaban, pero sin atribuirle un análisis crítico y un esquema de interpretación. Por otra parte el análisis del presente ha sido objeto propio de otras ciencias sociales como la antropología, la sociología y la economía, dejando de lado el papel de la historia, que parecía una ciencia “descalificada” para pronunciarse sobre sociedades vivas. El tiempo denominado “presente”, quedaba de esta forma vedado a los historiadores, por eso cualquier propuesta de su estudio resultaba novedosa y sorprendente.

No obstante, “lo histórico es una dimensión ineludible de lo existente y no sólo de lo que ha existido”, como afirma Julio Aróstegui y la relación estrecha de muchos historiadores con otras ciencias sociales los ha impulsado a acercarse a su propio tiempo definiéndolo como un campo de estudio historiográfico. Desde fines de los años ‘70 el panorama ha cambiado; y no solamente el pasado más reciente es objeto de la Historia, sino que esos estudios tienen un nombre: Historia del tiempo presente. Este desarrollo también tiene que ver con una demanda social a la que los historiadores debemos responder, y es ésta la de no dejar esta interpretación del mundo contemporáneo a otros, bien sean los *media* o los periodistas o bien las otras diversas ciencias sociales.¹

¹ FRANCOIS BÉDARIDA *Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente*. Cuadernos de Historia Contemporánea 155N: 0214-400-X 1998, número 20, 19-27

La noción de tiempo presente tiene diversas interpretaciones, para uno de los fundadores de esta escuela historiográfica, Bedárida, equivale al tiempo de la experiencia vivida por las diversas generaciones que coexisten en un determinado momento histórico, el presente es el lugar de una temporalidad extendida que contiene la memoria de las cosas pasadas y la expectativa de las cosas por venir. Otros historiadores como Julio Aróstegui han insistido en la idea de coetaneidad. Por otra parte, la experiencia vivida no sólo atañe a lo que los sujetos han conocido directamente, la memoria autobiográfica, sino que una parte fundamental de esa experiencia la recibe el individuo como miembro de diversos grupos sociales de pertenencia y de referencia.

Entendemos entonces, a la Historia del Tiempo Presente como la posibilidad del análisis histórico de la realidad social vigente, puede decirse que una de sus características es la simultaneidad entre la historia vivida e historia contada, la identidad entre el sujeto que hace la historia y la traduce en historiografía.²

La Historia del Tiempo Presente, como el resto de especialidades historiográficas, estudia preferentemente procesos históricos que, aunque sean recientes, están ya cerrados o para los que existe una mínima distancia cronológica. Los criterios de periodización que utiliza han partido habitualmente de acontecimientos nodales que afectan de manera decisiva a una determinada historia nacional.³ Sin embargo, se trata de un terreno movedizo, con periodizaciones más o menos elásticas, con aproximaciones variables y además de un trayecto cuyo destino final no se conoce, lo cual lo distingue de otros períodos históricos.

Existen dos objeciones clásicas que se le hacen a la lectura científica del pasado próximo. Primero, la noción de «distanciamiento» que parecía la garantía indispensable de la objetividad. Segundo, la carencia de fuentes — aun cuando frecuentemente se enuncia el argumento opuesto según el cual la superabundancia haría imposible controlarlas. Evidentemente es difícil eludir esta cuestión. El problema de la accesibilidad a los documentos es esencial, como así también su tratamiento y análisis crítico. Ante la superabundancia de fuentes el rigor del oficio de historiador entra más que nunca en juego porque si no se conoce el contexto, si se carece de un método seguro para criticar los documentos, se corre el riesgo de naufragar en un mar de palabras e imágenes.

² Soto Gamboa, Angel. Historia del Presente: Estado de la cuestión y conceptualización. HAOL, N° 3, 2004.

³ Abdón Mateos, Historia, memoria y Tiempo presente. Hispania Nova, número 1 (1998-2000)

En realidad, la verdadera objeción a poner a la historia del tiempo presente sería la de que debe analizar e interpretar un tiempo del cual no conoce ni el resultado concreto ni el final⁴.

Frente a estas observaciones, Rioux afirma que los historiadores hemos sabido responder satisfactoriamente a este desafío dejando en claro que el conocimiento histórico se empeña en hacer comprender la obra del tiempo sobre las sociedades humanas. Hemos mostrado también que, en términos metodológicos, las viejas reglas técnicas del oficio no tenían apenas necesidad de ser modificadas y debían ser aplicadas con un escrúpulo particular y una atención todavía más vigilante.⁵ Aun cuando desarrollamos un conjunto de prácticas que nos diferencian de los especialistas de otros períodos, a saber: la utilización de nuevas fuentes (especialmente orales), el enfoque comparativo y pluridisciplinario mantenidos por el dialogo e intercambio con las demás ciencias sociales, la voluntad de reintroducir la larga duración en el tiempo presente, tratando de descubrir las relaciones complejas entre rupturas y continuidades.⁶

Historia Oral y Tiempo Presente

La Historia Oral como forma de práctica histórica, trata sobre todo temáticas de la historia del tiempo presente. A la hora de abordar una investigación, los historiadores orales, entonces, nos vemos analizando muchas veces, una realidad histórica de la que formamos parte, “es una historia de gente viva, en cuya reconstrucción el historiador no sólo se vale de la memoria – en su formalización oral- como una de sus fuentes privilegiadas, sino que también compite con los testigos de los hechos en la producción de sentido de lo ocurrido”⁷

A partir de la realización de investigaciones propias y del equipo de trabajo en el que participo y de las conversaciones que hemos mantenido, han surgido algunos interrogantes que hacen a nuestro quehacer cotidiano.

¿Es posible hacer historia de una época que los propios historiadores hemos vivido?

¿Hasta qué punto las relaciones entre objeto y sujeto de investigación se

⁴ Bedárida, Francois, op. Cit.

⁵ Jean-Pierre Rioux, Historia del Tiempo Presente y demanda social Cuadernos de Historia Contemporánea número 20

⁶ Pierre Sauvage. Una historia del tiempo presente.
www.udp.cl/socialesehistoria/historiapresente

⁷ Jensen, Silvina. Relaciones entre historia y memorias en el territorio del exilio de la última dictadura militar en Cataluña (1976-1983) IV Simposio de Historia Actual, Logroño, 2002.

entremezclan llegando a desafiar los límites que las formas tradicionales de hacer historia han querido imponer? ¿Son válidos esos límites?

La historia del presente pone al historiador en una situación particular y a la vez extraña, porque para realizar su oficio no puede contentarse con su estatuto de intelectual en ejercicio, porque está él mismo comprendido en su tiempo, porque toma más o menos partido en el sentido social y cívico del término, en la formulación de interrogaciones, de demandas y exigencias.

La objeción más frecuente hacia este tipo de estudio es la proximidad temporal ya que el período estudiado no está suficientemente cerrado y la inmersión del investigador es demasiado completa. Sin embargo quiero señalar que la noción de distancia temporal como salvaguardia de objetividad es un prejuicio absurdo, ya que la objetividad está dada por la rigurosidad del método histórico, del uso de las fuentes y aunque el historiador del tiempo presente esté colocado en primera línea y por tanto resulte el más expuesto a una perversión de la investigación que le lleve a favor de la corriente, debe ejercer la libertad constitutiva de toda operación científica que es la de definir, delimitar, objetivar los asuntos a estudiar obedeciendo a una sola regla: el progreso del conocimiento y la búsqueda de la verdad.⁸

¿Qué recursos puede utilizar un historiador para incluir su memoria en este proceso?
¿Son legítimos dichos recursos?.

Aunque los ejemplos no abundan en este sentido, existen historiadores que se dedican a la Historia Oral y también al tiempo presente que estudian procesos de los cuales ellos mismos han sido protagonistas. Esta implicación personal pondría de alguna manera en cuestionamiento su objetividad, si tenemos en cuenta lo aprendido en nuestra formación profesional.

Tratando de rastrear las formas en que han incluido su testimonio en sus investigaciones, encuentro distintos casos. Quizás el más conocido sea el de Eric Hobsbawm en su obra "Historia del siglo XX", en el prefacio de la misma señala que *"nadie puede escribir sobre su propio período vital como puede (y debe) hacerlo sobre cualquier otro que conoce desde fuera, de segunda o tercera mano, ya sea a partir de fuentes del período o de los trabajos de historiadores posteriores. Mi vida coincide con la mayor parte de la época que se estudia en este libro y durante la mayor parte de ella (...) he tenido conciencia de los asuntos públicos, es decir he acumulado puntos*

⁸ Rioux, J. Op cit.

de vista y prejuicios en mi condición de contemporáneo más que de estudioso. (...) Por consiguiente este libro se sustenta en cimientos desiguales. Además de las amplias y variadas lecturas de muchos años (...) me he basado en el conocimiento acumulado, en los recuerdos y opiniones de quien ha vivido en muchos países durante el siglo XX ...” y agrega “Si el historiador puede explicar este siglo es en gran parte por lo que ha aprendido observando y escuchando. Espero haber comunicado a los lectores algo de lo que he aprendido de esa forma”⁹. Es decir, que Hobsbawm tendrá en cuenta para el análisis y la interpretación histórica que propone en su libro, su propio testimonio, que incluye por ejemplo cuando explica los objetivos de esta obra colocándose en primera persona: “Para cualquier persona de mi edad que ha vivido todo o la mayor parte del siglo XX esta tarea (la de explicar el por qué de los acontecimientos) tiene inevitablemente una dimensión autobiográfica, ya que hablamos sobre nuestros recuerdos. Hablamos como hombres y mujeres de un tiempo y un lugar concretos, que han participado en su historia en diferentes formas. Y hablamos como actores que han intervenido en sus dramas (...)”¹⁰ y más adelante vuelve a recurrir a sus recuerdos, pero esta vez en tercera persona: “para el autor del presente libro, el 3º de enero de 1933 no es una fecha arbitraria en la que Hitler accedió al cargo de canciller de Alemania, sino una tarde de invierno en Berlín en que un joven de quince años, acompañado de su hermana pequeña, recorría el camino que lo conducía desde su escuela (...) hacia su casa y que en un punto cualquiera del trayecto leyó el titular de la noticia. Todavía lo veo como en un sueño”

He encontrado otros ejemplos donde los investigadores señalan en todos los casos, el aporte de sus testimonios. En la obra colectiva “El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios” publicada en 2006, muchos de los autores que participan han sido ellos mismo exiliados, entonces plantean que “los sujetos del exilio se transforman muchas veces en los artífices del estudio del exilio, así su experiencia como sujeto pasa a ser objeto de investigación por él mismo.” Explican que esta circunstancia generó tensión en muchos de ellos y representó vencer dificultades en la medida que el propósito de la obra era conocer el exilio desde una perspectiva más amplia de historia social y política. Por eso la propuesta inicial para la realización de los trabajos fue no utilizar el relato en primera persona basado en la memoria individual sino asumir que esa memoria personal era sólo una de las miradas, que

⁹ Eric Hobsbawm. Historia del Siglo XX. Barcelona. Crítica. 1996, pág 7-8

¹⁰ Ibidem, pág 13

debía confrontarse con otras y con diversas fuentes.¹¹ Así, en algunos de los trabajos, encontramos el testimonio del autor relatado en tercera persona: *“Era el atardecer del 12 de agosto de 1976 y quien esto escribe ingresaba por el aeropuerto internacional Benito Juárez a la Ciudad de México”*, escribe Silvia Dutrénit, que recurre a esta perspectiva narrativa en la que a la vez que reconoce haber sido parte de lo narrado, hace el esfuerzo profesional por distanciarse del objeto de estudio. En otro de los trabajos que se incluyen en esta obra, la autora explica en la primera página que *“la experiencia del exilio venezolano no me es ajena pues yo misma soy en cierto modo una consecuencia de esta historia. Nací en Venezuela durante el exilio de mis padres. Por esa razón, la selección y el hilado de los testimonios está estrechamente vinculado con mi propia historia, mis olvidos y mis memorias.”*¹²

Quisiera citar como último ejemplo el trabajo de Graciela Saez, “Exilio uruguayo en argentina en los 70”. En él la autora cuenta en el final, sus preocupaciones sobre como formar parte de ese relato colectivo sobre el exilio y finalmente dice *“decidí incorporar mi historia personal a través de una entrevista que me realizó Mariela Canali, en la que traté de desprenderme de mi calidad de historiadora, hablando con total libertad sobre todos mis sentimientos y mis percepciones.”*¹³

Este material fue trabajado como un documento más, sumado a las otras entrevistas realizadas. En este caso la inclusión del testimonio es diferente de los otros ejemplos tratados, ya que parte de una entrevista de historia oral, lo que implica que el testimonio es solicitado por alguien, hay una presencia de otro que escucha activamente y que tiene capacidad de interrogar. Este diálogo ayuda a construir una narrativa social con sentido, hay alguien que pregunta, que pide, que ordena y “normaliza” y al mismo tiempo es un medio de expresión personal para quien relata y quien interroga. En este sentido destaco lo que señala la autora como un elemento singular de la experiencia de la entrevista: *“me sirvió para comprender lo que experimenta un entrevistado cuando es inducido a recordar lo que se encontraba en estado latente.”*, y desde el otro lado, destaco mi propia experiencia al realizar aquella entrevista que me llevó a preguntar y escuchar y tiempo después a plantearme algunas de las preguntas que dieron lugar a este trabajo.

¹¹ Dutrénit Bielous, Silvia (coordinadora) El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios. Montevideo, Trilce, 2006. pág. 20.

¹² Idídem, pág 373

¹³ Saez Graciela “Exilio uruguayo en argentina en los 70.” IAHM, Revista de Historia Bonaerense N° 31, diciembre de 2006.

